

Efectos deseados de lectura. Un caso: *El Torito de los muchachos* (1830)

Juan Ignacio Pisano

Uno de los problemas al que se enfrenta el estudio de la poesía gauchesca radica en la definición de ese público que, de acuerdo a Ángel Rama, el mismo género crea. La recepción de esos textos resulta, al menos de Hidalgo en adelante, más extensa de lo que las estadísticas de publicaciones y sujetos con habilidades lectoras permiten suponer. Ese público se amplía a causa de las lecturas colectivas, ante alguna tropa o en una escena, que habría que desligar de todo costumbrismo, en “el acto de leer en voz alta para un grupo de gauchos en la pulpería” (Acree). Señala W. Acree que los “términos lectura y público adquieren, así, un significado (...) mucho más inclusivo”¹, y fundamenta su elección metodológica por la especificidad del objeto, ya que se trata de “una región donde escuchar un texto que se lee en voz alta (...) era, de lejos, la forma más común de leer hasta el último cuarto del siglo XIX”². Aceptada la hipótesis, como punto de partida, de la ampliación del público, en esta oportunidad propongo problematizar el uso de la ficción, en el marco del género gauchesco, a partir de posibles efectos deseados en los receptores desde la escritura en un medio periodístico. La idea es analizar un caso particular dado en la coyuntura del primer período rosista. Para eso, parto de otra hipótesis complementaria a la anterior: la existencia de un espacio público, en constante cambio pero con un alto grado de complejidad, en el que se despliega una lucha por ganar la opinión. Si bien el concepto mismo de opinión pública implicaría un desarrollo excesivo para este trabajo, interesa destacar que para 1830 el manejo y la disputa por ganar la opinión hacia la postura de cada bando es un tema cotidiano e, incluso, necesario para los sectores enfrentados que se lanzan, mediante periódicos y gacetas, hacia la conquista del público. La propuesta de Acree permite pensar que ese público no es ya el restrictivo de un sector

¹ Acree, William, *La lectura cotidiana. Cultura impresa e identidad colectiva en el Río de la Plata, 1780-1910*, Prometeo, Buenos Aires, 2013, pág. 16.

² *Ibidem*.

ilustrado sino que se amplía dados los hábitos de lectura mencionados. Por su parte, Noemí Goldman y Alejandra Pasino señalan que en “este contexto la opinión pública pasa a ocupar el centro de la escena como fuerte principio legitimador de la acción política”³. El propio Rosas era consciente de ello al decir, en carta a Estanislao López en relación con el fusilamiento de Dorrego, “que las prensas no se ocupen en el día de otra cosa (...) es una de las cosas que más conviene”⁴.

El caso en el que me centraré es la publicación de Luis Pérez, *El Torito de los muchachos*, que consta de veinte números, publicados entre el 19 de agosto y el 24 de octubre de 1830. Con el fin de ceñir el análisis a las pautas de la exposición, me concentro en las apariciones de animales, en tanto figuras retóricas para denominar a los unitarios, tomando como eje opuesto, o vara de medición, la figura del toro como representativa de los federales. Al escritor de la prensa le toca el *cómo* ocuparse de los temas que “conviene” tratar. Pérez asume esa tarea del *cómo* con ahínco⁵ y hace intervenir la literatura. En este caso, cabe señalar que las figuras animales que analizaré se encuentran jerarquizadas dentro de un marco que la ficción instaura. El periódico construye, con un poco de información y otro tanto de inventiva, una plaza pública al interior de las gacetas con el fin de incidir en la realidad y en su interior despliega los animales que se miden con el toro. Allí, en ese espacio público aparecen textos escritos (ficcionalmente) por unitarios que son retrucados, en ocasiones mediante notas al pie, por Juancho Barriales⁶, el editor; al mismo tiempo que se debate con periódicos unitarios reales (por ejemplo, *El coracero* de Juan G. Godoy), y en disputas dentro del federalismo (P. de Angelis). En este sentido, en *El Torito* la ficción se coloca en la vanguardia de las filas de un ejército discursivo en un juego de enriquecimientos mutuos, donde la acción del periodismo se fortalece mediante la literatura en una región, Hispanoamérica, y un tiempo, el XIX, donde la propia literatura “es inconcebible sin la prensa periódica” (Goldgel, 2013: 53).

³ Goldman, Noemí comp, *Lenguaje y Revolución. Conceptos clave en el Río de la Plata, 1780-1850*, Prometeo, Buenos Aires, 2008, pág. 109.

⁴ Fernández Latour de Botas, Olga, “Estudio Preliminar”, *El Torito de los muchachos*, Instituto Bibliográfico Antonio Zinny, Buenos Aires, 1978, pág. XIV.

⁵ En este sentido, debe reconocerse una influencia y un aprovechamiento de la prensa y de las posibilidades que la materialidad del medio habilita.

⁶ Incluso, el testamento (también ficcional) de Rivadavia.

El Torito sale a la arena pública

Con Hidalgo surge (¿o se afianza?⁷) una novedad amparada en un recurso ficcional: hablar como un gaucho se vuelve una tarea a realizar, con entusiasmo y constancia, en la escritura orientada hacia la esfera pública. Con Pérez reprocesando a Castañeda, otra novedad de época, el periódico, brindará variedad a esa escritura al mismo tiempo que pensará en un público que se ha, como señalaba anteriormente, ampliado y que aparece como el destinatario de estos textos. Acree, resaltando la importancia de este tipo de publicaciones, señala que esta escritura se volvió parte de la vida cotidiana y que esto la colocó como una herramienta apta para influir en las ideas y conductas y operar en la esfera pública de modos que América Latina no había conocido previamente. Diversos factores determinan la recepción para que el público sea influido. Uno que resalta en la gauchesca es la autoridad de quien emite el enunciado. Un gaucho escritor, expuesto en la figura del gacetero⁸, que no solo temple la guitarra para cantar sino que además carga la pluma, es percibido, por ese público⁹, como una figura a ser atendida. La palabra del gaucho implica una relación jerárquica entre quien sabe y quien no sabe escribir: o, podríamos decir, quien dice en la escritura y quien escucha en la lectura. Juancho Barriales asumirá esa posición al “meterse a escribinista” con un programa: “confiando en nuestro gobierno / ha de triunfar la opinión” (Núm. 1).

El título se impone y se acompaña de una imagen: hasta el número 5, una lira y un clarín, cercanos estéticamente al canto clásico (a su autoridad); a partir del número 6, la imagen se trastoca por *El Torito* que mira, activo y desafiante, al espectador-lector. El animal elegido no es, desde ya, arbitrario: el toro, simiente de la fertilidad ganadera, puede pensarse como el motor, la sangre que impulsa el desarrollo económico de una región

⁷ Desarrollo la posibilidad de pensar a la gauchesca en sus raíces coloniales en el siguiente texto: “P’racticadas del decir gauchesco: alabanza, estereotipo y propio parecer en tres textos coloniales”, publicado en el número 7 de la Revista Badebec. Disponible en http://www.badebec.org/badebec_7/sitio/pdf/articulos_pisano_7.pdf

⁸ Resultan importantes los aportes de Schwartzman (1996 y 2013), Lucero (2003) y Ansolabehere (2003).

⁹ Semejanza con Hidalgo que, en su Diálogo Patriótico Interesante le atribuye la autoridad a Chano por poseer el canto y a la palabra escrita.

donde el federalismo se había hecho fuerte¹⁰. Propiedad del patrón, el toro es pura potencia: manejada, responde; liberada, produce daños (como el toro del matadero de Echeverría). El gran patrón es Rosas. Replicando jerarquías humanistas y liberales (lo humano sobre lo animal, el propietario sobre la propiedad) el toro se coloca en una cadena de significaciones que representa, a su vez, otra jerarquía. Al interior del periódico, esa relación se reproduce entre el gaucho gacetero que, por la posesión de la escritura puede o no dar rienda suelta a los embates de *El Torito*, y el propio Rosas. En la cima, Rosas; luego, el gacetero y su animal. Y, al mismo tiempo, el toro como animal federal, superior en la escala, versus las apariciones de animales unitarios, como veremos, inferiores ante la misma vara de medición. De modo similar a como señala Gabriel Giorgi en relación a “El matadero”, el animal, el toro, aquí es instancia que expone el poder del soberano. Pero este no es el toro del matadero, es *El Torito* que sale a la arena pública cuando la letra escrita del gaucho lo propone. Los límites de lo real y lo ficcional quedan borroneados en el terreno del debate: la palabra pública lucha en estas páginas literarias¹¹.

El gaucho no aparece en *El Torito* como el único enunciador: también hay negras, inmigrantes, niños de escuela, unitarios, entre otros. *El Torito* interviene en esa arena, la recrea e imagina unidireccionalmente: toda la maquinaria polifónica (Schvartzman) que Pérez toma de Castañeda se pone al servicio de la construcción de un ámbito público imaginario e imaginado en la literatura, para proponer la jerarquía a continuar –la de Rosas. Es en este sentido que la formación de una opinión pública adquiere relevancia aclamando al rosismo y proponiendo críticas a los opositores al interior del periódico, ficcionalizando un debate entre unitarios y federales. La multiplicidad de recursos y voces, amigas y enemigas, que allí se escenifican, redundan en hacer notar que el papel impreso despliega una visión organizada de aquello que el autor entrevé para la arena pública. Los efectos deseados de lectura, sean silenciosas u oídas, se orientan a esa tarea. El animal no será solo demostración de machismo y violencia (Schvartzman, 2004; Rama, 1982), sino metáfora de la arena pública en base a cómo desea el periódico que la misma sea leída.

¹⁰ Schvartzman se detiene en este punto en ¿A quién cornea El Torito?, pero lleva su análisis hacia la violencia y la fuerza del toro.

¹¹ Es indispensable hacer notar que cada número tiene su referencia en los hechos políticos del momento.

El Torito adquiere, por la visibilidad que le dan las enunciaciones unitarias allí escenificadas, reconocimiento como tal, y a partir de esta modalización del discurso va a adquirir contundencia su diferenciación, en cuanto autoridad para hablar, de los animales unitarios que, como todo unitario, “obedecen a cualquiera” (Núm. 7) –y Rosas no es, claro está, cualquiera. La jerarquización mediante las figuras animales se replica en diversas gacetas. De varias animalizaciones es objeto el unitario¹²: como loro, burro, potro asustado, pollito, perro y mono. Por cuestiones de espacio, me centraré en dos: el loro y el mono.

El loro que aparece en el número 3 del periódico repite una frase: “¡Cuidado con el Torito!”. A causa de esa repetición, la voz del poema, que aparece como un niño de escuela, que escribe además un cielito federal, dice: “tengo apuntados / en un pequeño librito / aquellos que han de tener / ¡Cuidado con el Torito!”. La estrofa, en clara tonalidad amenazadora, afirma: hay quienes reproducen frases como loros, y esos son enemigos de *El Torito*. La exposición de esa evidencia, al interior del poema, se muestra por la repetición de la frase por parte de sujetos susceptibles de transformar su opinión: un grupo anónimo de gente en una escuela, el padre y el abuelito del enunciador, un pobre viejecito. El enunciador tiene apuntados en su “librito” a todos los que han de tener cuidado con el Toro, y deja para el siguiente número que el público juzgue si los agarra. Llamativa complicidad, el público adquiere así un lugar de decisión, imaginario, al interior del poema y del periódico: juzga, y en tanto lo hace, puede ser víctima de una cornada o amigo federal. Frente al Torito, que todo lo embiste y opina, y a su editor, Juancho Barriales, que escribe y propone, ese loro, asimilado al bando unitario por el miedo al torito (“Qué tengan los del primero / ¡Cuidado con el Torito!”) queda, como un CD rayado, anclado en un mismo y repetido instante de enunciación: ¡Cuidado con el torito!

El mono se significa en tanto figura clase B de lo humano. Aparece, al igual que el loro, por debajo del toro en la jerarquía. La primera de esas apariciones ocurre en el número 11. Allí, los unitarios son denominados como “mocitos macacos”: en un gesto clásico de inversión de insultos, la carta publicada (y continuada del número 9, que a su vez se continúa de... ¡nada!) indica: “ellos dicen sabalaje / a los que no usan relós”. Imagen estereotipada, el unitario, con dinero y reloj, ganancias espurias, sería el verdadero salvaje,

¹² A Pedro de Angelis se lo trata de “gato”, pero habría que realizar un análisis separado para la conflictividad al interior del federalismo.

el macaco, pero culpa a los federales por los males de la patria. En el número 14, los unitarios son llamados “monos / que causan risa”: aunque ríen de la divisa punzó, en realidad los ridículos son ellos que salen a la arena pública (del periódico y de la calle) con jopo y cuello en la camisa. Esos, así preocupados, no son gente “para hacer a su patria / independiente”, es decir, no merecen la aclamación del público y el reconocimiento dentro de la patria. Asimilación de estilo: como ellos dependen de los europeos para vestir, dependerán también para gobernar –y no es buen gobierno ese, a diferencia del de Rosas. En una nota al pie que debate un texto escrito por un unitario ficcional en el número 16, el editor señala: “De diversos modos / Un mono hace gestos / Y en palanganadas / Lo mismo son estos”¹³. Los unitarios, entonces, no solo se presentan como monos por la risa que causa su aspecto, sino también por su modo de actuar: se trata de un animal sin fisuras humanas.

Tanto el mono como el loro aparecen como animales improductivos para hacer la patria: uno repite, el otro copia a los europeos y se ridiculiza a sí mismo. A diferencia del toro que, además de sustento de la economía ganadera, sabe embestir cuando Juancho Barriales escribe. Sea por el uso de la imagen animal que fuera, en la ecuación final que el espacio público emplazado en el periódico permite vislumbrar todo queda en un equilibrio precario: el deseo de reproducir en la opinión de los lectores la jerarquía rosista se instala en el debate imaginado por esta pluma, gacetera y gaucha, a la espera de que otro (real o ficcional) proponga una opinión y se pueda volver a embestir.

¹³ Esa ficcionalización, en base a la fijación en torno a un bando que hace Pérez, se vuelve paradigmática, por ejemplo, en el uso de las notas al pie como debate imaginado.

Bibliografía

-Acree, William, *La lectura cotidiana. Cultura impresa e identidad colectiva en el Río de la Plata, 1780-1910*, Prometeo, Buenos Aires, 2013, pág. 16.

-Fernández Latour de Botas, Olga, “Estudio Preliminar”, *El Torito de los muchachos*, Instituto Bibliográfico Antonio Zinny, Buenos Aires, 1978

-Goldman, Noemí comp, *Lenguaje y Revolución. Conceptos clave en el Río de la Plata, 1780-1850*, Prometeo, Buenos Aires, 2008

-Halperin Donghi, Tulio, *Revolución y Guerra. Formación de una elite dirigente en la argentina criolla*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2011.

-Leumann, Carlos Alberto, *La poesía gaucha y la poesía gauchesca*, Buenos Aires, Editorial Raigal, 1956.

-Lucero, Nicolás, “La guerra gauchipolítica”, en *Historia crítica de la literatura argentina. Volumen 2. La lucha de los lenguajes*, Emecé Editores, Buenos Aires, 2003.

-Ludmer, Josefina, *El género gauchesco. Un tratado sobre la patria*, Buenos Aires, Perfil, 2000.

-Rama, Ángel, *Los gauchipolíticos rioplatenses*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1982.

-Rivera, Jorge, *La primitiva literatura gauchesca*, Buenos Aires, Editorial Jorge Álvarez, 1968.

-Rodríguez Molas, Ricardo E., *Historia social del gaucho*, Centro Editor de América Latina, 1982.

-Rojas, Ricardo, *Historia de la Literatura Argentina. Los gauchescos*, Buenos Aires, Losada, 1948.

-Schvarztman, Julio, *Microcríticas*, Buenos Aires, Biblos, 1996.

-----, *Letras gauchas*, Buenos Aires, Eterna Cadencia Editora. 2013.